LECCION SEXTA

SUMARIO

Los hombres de gobierno han de estar dotados de fortaleza.—Debilidad de carácter.—El liberalismo católico no es sino una debilidad de carácter.—Alusión á la Carta Pastoral Colectiva de los Prelados del Ecuador.—Causas sociales de la debilitación de carácter.—Intemperancia, ocio, amor de los placeres.—Amenazas de Ezequiel contra estos vicios.—Los hombres de gobierno han de ser templados.—Deben también ser *aptos* para el gobierno.—Autoridades de filósofos que lo prueban.—Reglas prácticas para conocer la aptitud ó ineptitud de los que se deben elegir.

LECCION SEXTA

FILÓSOFO.—Tenemos ya que los hombres de gobierno, los legisladores, jefes y magistrados de una nación deben ser profunda y prácticamente religiosos, prudentísimos y justicieros. Pregunto ahora, ¿son éstas las únicas virtudes que deben considerar los pueblos en las personas que han de elegir para esos puestos elevados?

ECUATORIANO.—No por cierto: si la religión, prudencia y justicia de los hombres públicos no están vigorosamente sostenidas por la *fortaleza* de los mismos, el edificio social, tarde ó temprano, tiene que desplomarse y venir á tierra.

F.—Esto es más claro que la luz del medio día; y apenas puede comprenderse cómo hay hombres públicos que no lo ven, ó mejor dicho, no quieren verlo. Si los legisladores van á las cámaras á arrebatar á las leyes todas sus sanciones; á desarmar el brazo de la autoridad para entregarla maniatada al escarnio y befa de los conspiradores; á legalizar el estado permanente de guerra civil con la impunidad escandalosa de los más atroces crímenes; si la justicia, armada de una que otra sanción, palidece y tiembla de-

lante de la impudencia y audacia de los malhechores; si los jefes de los pueblos no se gobiernan sino por el respeto humano, por el temor de las consecuencias, por los valimientos, intercesiones y empeños importunos de espíritus apocados y condescendientes hasta la complicidad.... ¿qué más se puede hacer para labrar la desventura de un país, y minar en su base todo el edificio social, moral y religioso?

E.—No prosigas, amigo mío, porque esto me quema la sangre y abrasa las entrañas. Sí: el mayor castigo de un pueblo es ser gobernado por hombres débiles. Nada hay escrito de los cobardes y pusilánimes. Esos no son hombres; son menos que mujeres: y sin embargo hay cobardes que ambicionan el poder, y hay necios que se fían de ellos.

F.—Por eso va el mundo como va, patas arriba. Vuestro gran presidente asesinado, Gabriel García Moreno, decía que *la enfermedad endémica del siglo era la debilidad de carácter.* Verdad es esta que merece muy bien ser puesta al lado de las sentencias más profundas de esos legisladores de Atenas y Esparta, Solón y Licurgo.

E.—Así es. Los desastres que causa en la sociedad moderna el *liberalismo católico* no tanto son obra de errores del entendimiento, como efectos de la debilidad de caracteres. Como muy bien observaron nuestros prelados ecuatoen su "Carta Pastoral Colectiva," tan celebrada por todos los más sabios escritores de Europa, el liberalismo católico es el mismo miedo embozado ora en el manto de la caridad, ora en el de la prudencia. A los católicos liberales les asusta un ceño, les hace temblar una amenaza, les rinde un peligro. Poseídos del miedo, quieren que la Iglesia en sus combates sea como ellos, pusilánime: y porque ella es madre de héroes, acúsanla de imprudente y temeraria. Explicando en seguida nuestros pastores las consecuencias funestísimas de este miedo de los liberales, añaden en aquel precioso documento estas palabras que nunca debieran olvidar los católicos.

"El liberalismo católico, dicen, es esclavo de una tiranía cruel; la tiranía de la opinión. ¿Qué es ver á los liberales católicos, empeñados en conquistar aura popular, arrastrarse en medio de las turbas por obtener de ellas un signo de aprobación, un aplauso que el viento disipa? ¿Qué es verlos hechos el ludibrio de las exigencias caprichosas de muchedumbres inconstantes, defendiendo con igual debilidad el sí y el nó, y aprobando hoy lo que ayer combatieron? Sansón es el liberal católico, á quien pérfida Dálila cortó el cabello de la fortaleza para entregarle maniatado al desprecio y burla de los filisteos. Hubo un hombre altivo que pronunció estas palabras: *si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem:* si yo buscara agradar á los hombres, no sería siervo de Cristo. Ese hombre fué San Pablo, y ese hombre es todo *católico*, sin apellido, sin apodo. El liberalismo católico es la perfidia y traición personificadas. Un católico liberal entre los liberales es un *tránsfuga* de la Iglesia, porque dice que es *católico;* y entre los católicos es un espía del campo enemigo, porque dice que es *liberal.* Tránsfuga y espía son traidores. ¿Qué hace un católico entre los liberales? Vende á

Cristo. ¿Qué hace un liberal entre los católicos? Engaña á los hombres; pero no engañará á Dios: *Deus non irridetur.* (Ad Gal. VI, v. 7.")

F.—¿Así se expresaron los obispos ecuatorianos? No he leído ese documento; pero por esta muestra creo que será magnífico, y que sus palabras debían engastarse en oro. Tiempo ha que también á mí me ha parecido que el *liberalismo católico* en ciertos pueblos y entre cierta clase de gentes no es tanto un sistema de ideas y principios más ó menos erróneos y funestos, como un sentimiento ó pasión de ánimos apocados, condescendientes y tímidos que á trueque de evitar un compromiso, un conflicto cualquiera, están dispuestos á pasar por las más humillantes transacciones y condescendencias. En mi concepto esta disposición de los ánimos nace de esa que García Moreno llamó *enfermedad endémica del siglo,* esto es, de la *debilidad de carácter.*

E.—¿Y cuál os parece que será la causa de esta misma debilidad de carácter?

F.—No una, muchas son, amigo mío, las causas de tan grave dolencia de la sociedad moderna: me contentaré con indicarlas rápidamente. La primera es la casi absoluta falta de acción de la autoridad paterna en el hogar doméstico, y las exageraciones nauseabundas de un amor puramente sensible é instintivo en las madres y nodrizas. ¿Cuál puede ser la virilidad de generaciones mecidas al arrullo del mimo, de la adulación y de la condescendencia, y entregadas á los instintos ciegos de una naturalezo enferma? La segunda causa es cierta no muy advertida debilidad de la autoridad docen-

te en las escuelas y colegios. Hoy se quiere educar á los niños y jóvenes únicamente por las vías de la persuación, del honor, de los premios y condecoraciones; se les quiere allanar todo, facilitárselo todo, ahorrarles todo trabajo; se modifican las leyes de instrucción pública según el capricho de la edad primera; se les oye en las cámaras para decretar ahora la libertad de estudios, ahora la no libertad de los mismos, según las ideas ó impresiones del momento; se conceden privilegios y excepciones á la ociosidad, pereza y negligencia, &., &.; se frustran todos los esfuerzos de una educación más sostenida y vigorosa con el habitual desórden, inconstancia é indisciplina de la vida doméstica. La tercera causa es esa literatura, hoy tan en boga, de un sentimentalismo exagerado y sin motivo, que da á las nacientes inteligencias una dirección peligrosísima que los convierte en eternos lloriqueadores de desvíos y desdichas novelescas que á nadie importan un ardite, ni á los mismos que las cantan. La cuarta causa es la improvisación de celebridades. Explícome. ¿Cumple un joven con su deber sosteniendo un programa y pronunciando un discurso? Pues le rodearán los ancianos y exagerando su mérito le dirán: *tu eres un héroe, serás Presidente.* ¿Es otro muy franco, complaciente y generoso? Pues sin más, le dirán amigos y ancianos: *tu eres Tito; las delicias del género humano; tu serás Presidente.* ¿Ha publicado aquél alguna cosilla por la prensa? Pues ya es un literato consumado que puede habérselas con el mismo Apolo y con las nueve hermanas; y le dirán los ancianos: *tu te pierdes de vista; tu serás Presidente.* Así

se despiertan ambiciones que en el concepto de los jóvenes, pueden muy bien satisfacerse á cuatro paletadas; y lo peor es que todo va á parar á la presidencia de la República. La quinta causa es la habitual mala administración de la justicia legal, distributiva y vindicativa. Un país donde las infracciones de la ley no se castigan sino en la persona de los pobres y desvalidos; donde los nobles y ricos cuentan seguramente con la impunidad fundada tan sólo en su fortuna y en su nobleza; un país donde las recompensas y cargos públicos se deben exclusivamente al favor, al valimiento, á la intercesión, á los empeños y ruegos importunos; un país donde se desconoce el verdadero mérito, ó se le deprime con un epigrama ó un apodo; y donde, al contrario, se recomiendan, como títulos de gloria, la desvergüenza y audacia de los perversos y de los ignorantes; este país, repito, no podrá contar en su seno muchos héroes, y si aparece por ventura alguno, morirá á manos de la ingratitud, traición y perfidia, las cuales arrancarán crueles ese germen de fortaleza, y condenarán el país infortunado á una muerte de consunción.

E.—Ay, amigo mío, tristeza profunda se apodera del corazón cuando se piensa en estas cosas; y la mía sube de punto al observar que en el conflicto de las generaciones que vienen con las que se van, éstas pierden á aquellas con las capitulaciones vergonzosas y sistemáticas que dan en tierra con todo el natural prestigio de la autoridad. Que si á esto añadimos el ocio, el juego, la intemperancia, la embriaguez, el lujo inmoderado, el amor de los placeres, la adoración

de la carne y el desenfreno de las concupiscencias; ¿quién puede medir la profundidad de esos abismos de degradación moral en que se revuelcan aletargadas, abatidas y extenuadas tantas y tantas naciones en otro tiempo florecientes y poderosas?

F.—Tocáis un punto que ciertamente deben meditar los hombres públicos. Pueblos esclavos del ocio, del placer y del lujo nunca pueden ser fuertes y vigorosos. Todo héroe es austero; y muy poco pueden esperar las patrias de sibaritas y epicúreos. En la guerra franco-prusiana se estrelló la Francia muelle contra la austeridad de la Prusia. Dicen que la Francia vengará en breve sus agravios; mas yo creo que la Francia muelle no ha dado ni dará en su relajación el héroe que la vengue. Vimos lo mismo en la próxima guerra del Pacífico. No hay cosa más peligrosa á los Estados políticos que el ocio, el lujo y los placeres. "Los placeres, más temibles que las armas de nuestros enemigos, decía Juvenal, han vengado al universo conquistado por nuestro valor. No hay delitos ni excesos que no reinen en el imperio desde que desapareció la pobreza romana." Aun el mismo Tiberio, como leemos en Tácito, decía: "Si agotamos por el lujo el tesoro público, será preciso suplirle por medio del delito." Asimismo hablando del trabajo, decía Apio Claudio, que la ocupación era la vida del pueblo romano, y la ociosidad su muerte. En efecto un pueblo desidioso luego se entrega á la sensualidad.

E.—Estas severas lecciones de la razón y de la experiencia se hallan maravillosamente confirmadas por la revelación divina. El Pro-